

Cardenal Dr. D. Isidro Gomá y Tomás

JESÚS Y LA SAMARITANA

Explicación. — Este fragmento contiene una de las más delicadas narraciones de los Evangelios. Un hecho en la apariencia vulgar da pie a Jesús para exponer elevadísimos conceptos de orden sobrenatural, envueltos en los procedimientos de una pedagogía divina de verdad, en la que se disputan la primacía la sinceridad, el candor, la claridad y la oportunidad. De la narración evangélica parece desprenderse que Jesús estaba completamente solo con la mujer samaritana durante el diálogo; con todo, no creemos aventurado suponer que le acompañaba el mismo Evangelista, que ocultó su intervención como de costumbre: en este caso quedaría naturalmente explicado el realismo de la narración en que abunda el detalle histórico y preciso.

ENCUADRAMIENTO HISTÓRICO (5.6). —A su salida de Judea, que parece haber sido precipitada por el peligro que amenazaba a su persona, Jesús, acompañado de sus discípulos, a través la Samaria, especie de enclavamiento entre Judea y Galilea. Casi en el centro del país se hallaba la ciudad del Sicar, la primitiva Siquem, en la pequeña colina a cuyos pies se encuentra hoy Balata, a unos diez minutos del pobre poblado de Askar, y a dos kilómetros de Naplusa, actualmente capital de Samaria. Allí se hallaba el campo que Jacob había dado en herencia a su hijo predilecto José (Gen. 33, 19; 48, 22): Vino, pues, a una ciudad de Samaria que se llama Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José. Había en este campo un pozo, que Jacob había cavado en la caliza y que se llenaba del agua de una fuente subterránea: Y estaba allí la fuente de Jacob. Consérvase todavía este pozo, de cuya identidad con el del Evangelio y del Génesis no cabe dudar. Tiene unos 24 metros de profundidad, y es mas ancho en el fondo que en el brocal, de piedras labradas. Lo recubre un recinto abovedado, propiedad de los griegos cismáticos. En lugar contiguo se construye hoy hermosa iglesia católica. Los peregrinos beben piadosamente de aquella agua, en la que tan bellamente simbolizo Jesús la divina gracia, y suelen llevar consigo botellitas, que allí se expenden, llenas de ella. Dista el pozo como un kilómetro de Sicar.

De Jerusalén a este sitio hay catorce horas de camino. Seguramente pernoctaría Jesús en algún poblado intermedio. Empecé el viaje a la mañana siguiente. El camino es montuoso: la prisa, la duración del viaje y lo accidentado del terreno fatigaron a Jesús, que se sentó sencillamente, «así», tal como se ofrecía el asiento, en el brocal del pozo, dispuesto a tomar su refección, cuando regresaron sus discípulos de Sicar con vituallas : Jesús, pues, cansado del camino, estaba así sentado sobre la fuente. Llámalo fuente e1 Evangelista, porque en realidad se llenaba el pozo de las aguas de una fuente subterránea. Era mediodía, hora del máximo calor y de la principal refección de los judíos: Era como la hora de sexta, desde la salida del sol.

DIÁLOGO CON LA SAMARITANA (7-26). — El cansancio le había dado sed a

Jesús. Pero es profundo el pozo, y hay que aguardar quien venga por agua; pronto se presenta la ocasión. Una mujer, samaritana de religión y nacionalidad, no de la ciudad de Samaria, distante unas horas, viene de la vecina Sicar a buscar agua, sin duda para los menesteres de la comida: Vino una mujer de Samaria a sacar agua. Los discípulos, que habían ido a la ciudad a comprar víveres, no podían sacarla con el vaso y bramante que acostumbran llevar en aquel país los viandantes; aprovechará el Señor el motivo de su sed para entablar conversación con la mujer: Jesús le dijo: Dame de beber. (Porque sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de corner.)

La mujer conoce que Jesús es judío: le descubren ciertas particularidades del vestido, especialmente las filacterias, y su especial pronunciación, menos suave que la de los hijos de Samaria: el rencor del samaritano para todo judío sube en un momento del corazón a los labios de la mujer, que contesta a Jesús con desenvoltura: Y aquella mujer samaritana le dijo: ¿Cómo tu, siendo judío, me pides de beber a mi, que soy mujer samaritana? Para que conozcan sus lectores el alcance de la respuesta, el Evangelista, que escribía para quienes desconocían las costumbres de Palestina, añade esta frase explicativa: Porque los judíos no tienen trato con los samaritanos (pag. 74).

Jesús no hace caso de la insinuación de las profundas querellas que dividen a judíos y samaritanos, y va derecho al sublime asunto que propondrá a la pobre mujer. El agua natural pasa ya a segundo plano, y solo sirve para expresar metafóricamente un agua divina: Respondió Jesús, y le dijo: Si supieses el don de Dios, y quien es el que te dice: Dame de beber, puede ser que le pidieras a él, y te daría agua viva. El agua viva es la que brota sin cesar de la fuente, para distinguirla de la que se recoge en cisternas en tiempo de lluvia. El agua que brota de la fuente de Dios es la gracia, la predicación evangélica, la vida eterna. La Samaritana no llega a comprender el gran don que le hace Dios de hallarse con el Salvador, ni sabe que hable precisamente con el: si lo supiese le pediría abundante la gracia divina, riquísimo don del espíritu.

No entiende la metáfora la Samaritana; con todo, su primera indiferencia se ha trocado en profundo respeto para con el forastero. En el aspecto de Jesús habrá sorprendido algo extraordinario, y le da tratamiento de distinción y respeto: La mujer le dijo: Señor...; y una curiosidad legítima la mueve a averiguar cual sea el agua que tenga Jesús. No será la del pozo, profundo, que no puede alcanzar Jesús: No tienes con que sacarla, y el pozo es hondo: ¿de donde, pues, tienes el agua viva? Jacob, padre de judíos y samaritanos, para no depender de sus vecinos en la cuestión del agua, en un país donde es escasa, tuvo que labrar, a falta de agua viva, con costoso trabajo, el pozo de su nombre, que tuvo agua abundante para todos los menesteres de casa y campo; no es posible, en el concepto de la Samaritana, que su interlocutor tenga mas poder que Jacob; por ello le dice, titubeando y con deseo de saber: ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dio este pozo, del que bebió el, sus hijos y sus ganados?

Jesús avanza en la declaración de su metáfora. El agua del pozo, como toda

agua material, no apaga la sed para siempre; la que tiene Jesús, la gracia, basta para toda la eternidad; con ello Jesús declara su superioridad sobre Jacob: Jesús le respondió y le dijo: Todo aquel que bebe de esta agua, volverá a tener sed: mas el que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed. No solo no tendrá sed; como las aguas buscan su nivel, la gracia del Espíritu Santo, que brota del mismo seno de Dios eterno, será, para quien la tenga en su espíritu, como una fuente perenne que le levantara hasta la vida eterna: Pero el agua que yo le daré, se hará en el una fuente de agua que saltará hasta la vida eterna: es imagen tomada de las fuentes-surtidores. Entonces la mujer le dijo ingenuamente, no comprendiendo aún el alcance espiritual de las palabras de Jesús: Señor, dame esa agua, para que no tenga jamás sed, ni venga aquí a sacarla; entiende que Jesús tiene un agua que calma la sed por largo tiempo, y se la pide para evitar la doble incomodidad, de tener sed, y tener que ir al pozo para proveerse de agua.

Al llegar aquí Jesús cambia bruscamente el rumbo de la conversación: el corazón de la mujer mundana está ya preparado para la semilla divina. Jesús, que va a convertir a aquella alma y a revelársele como Mesías, va ahora al fondo de la conciencia de la Samaritana: y le dijo: Ve, llama a tu marido, y vuelve acá. La mujer, que quiere esconder a los ojos de Jesús su abyección moral, le confiesa solo parcialmente la verdad: La mujer respondió y dijo: No tengo marido. Jesús, que penetra hasta el fondo de la conciencia de la mujer, ni la arguye, ni la reprende o amenaza, antes toma pie de su confesión parcial para alargarle la mano de su misericordia, y, lleno de bondad, le dijo: Bien has dicho: No tengo marido: porque cinco maridos has tenido: y el que ahora tienes, no es tu marido: esto has dicho con verdad. Los cinco primeros fueron verdaderos maridos; resolvió el lazo conyugal la muerte o el libelo de repudio, provocado quizá por la conducta de la esposa; el actual no es marido, sino amante, con quien vive en concubinato. La mujer, que ve en Jesús ciencia extraordinaria, confesando su miseria moral y la alta dignidad de Jesús, le dijo: Señor, veo que eres profeta: es más humilde y generosa con el Señor que los judíos, que le dirán endemoniado.

La idea de que tiene ante ella un profeta, hace surgir súbitamente en la mente de la Samaritana la profunda cuestión de orden dogmática que traía divididos a judíos y samaritanos. Aunque lleva mala vida de algún tiempo, no ha perdido la mujer el sentimiento de patria y religión. Los samaritanos habían levantado otro tiempo un templo en el monte Garizim, que se erguía próximo al pozo de Jacob, declarándose en cisma contra los judíos, que le tenían en Jerusalén. Para oír el parecer del profeta, la mujer, señalando sin duda al Garizim, monte de laderas escarpadas, situado al noroeste del pozo de Jacob, a unos 400 metros sobre el Valle y a 868 de altitud sobre el Mediterráneo, le dice: Nuestros padres en este monte adoraron; hacia como cien años que Juan Hircano había destruido su templo, del que aún hoy quedan vestigios: y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar en donde es menester adorar.

Jesús no entra en controversia con la mujer sobre esta cuestión histórico-dogmática que traía divididos a los israelitas sino que se traslada de un golpe a los tiempos mesiánicos en que será abrogada toda prescripción localista y,

por lo mismo, también la ley mosaica, fundándose una religión y un culto universal: Jesús le dijo: Mujer, créeme, que viene la hora, en que ni en este monte ni en Jerusalén adorareis al Padre. Aunque no tendrán ya lugar las querellas entre judíos y samaritanos, porque con Jesús ha llegado la hora de la religión universal, con todo, sienta Jesús la verdadera doctrina en la cuestión propuesta por su interlocutora: la salvación debía venir por los judíos (Is. 2, 3); por lo mismo no pudo faltar en ellos el verdadero conocimiento de Dios, de su ley y de su culto; no tenían, pues, razón los samaritanos al dividirse de los judíos: Vosotros adoráis lo que no sabéis: nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los judíos.

No obstante ello, también la religión de los judíos será abolida: Dios pide ya, y ha llegado la hora, porque el Mesías ha venido ya, la religión pura y universal: Mas viene la hora, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en verdad. Le adoraran en Espíritu, que Dios enviara sobre el mismo corazón de los hombres que le dirá a Dios Padre» (Gal. 4, 6); y le adoraran en verdad, en la que les habrá enseñado el Mesías, que les dará mas perfecto conocimiento de Dios, de donde vendrá mayor perfección en el culto. La razón es porque el Padre también busca tales que le adoren; porque quiere que el hombre, que es como una síntesis del mundo y un portavoz de la creación, en nombre de ella y propio le rinda perfecto culto. Y otra razón, mas fundamental aun, es que el culto debe responder a la naturaleza de Dios, y siendo El espíritu purísimo, que trasciende sobre toda materia, se le debe un culto espiritual: Dios es espíritu y es menester que aquellos que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad; para ello el mismo Dios comunicara a los hombres una participación de su mismo Espíritu y de su misma verdad, por la infusión del Espíritu Santo y por la doctrina de la fe. El culto externo deberá ser informado de este espíritu y de esta verdad.

Poco entendió la Samaritana de la alta doctrina de Jesús. Por ello, tratándose de una cosa tan trascendental, y no viendo clara la solución que a la cuestión propuesta da Jesús, apela al urgente advenimiento del Cristo, quien adoctrinara a todos en punto tan capital: La mujer le dijo: Yo se que viene el Mesías, que se llama Cristo : y cuando el viniere, nos declarará todas las cosas. Premio a esta expectación de un Mesías de carácter religioso, es la declaración que Jesús hace a la Samaritana de que el es el Cristo: Jesús le dijo: Yo soy, que hablo contigo: no hizo tal afirmación a los judíos que esperaban un Mesías prepotente en el orden temporal.

DIALOGO CON LOS DISCÍPULOS (27-38). — En este punto culminante de la conversación llegaron de la ciudad los discípulos, con las vituallas adquiridas: Y al mismo tiempo llegaron sus discípulos. Los doctores judíos tenían en tan poco a la mujer, que consideraron deshonoroso, aunque fuese la propia esposa, hablar en público con ella; a mas de que las costumbres judías establecían gran separación de sexos. Por ello les admira la conducta del Maestro, aunque el profundo respeto que hacia Jesús sienten hace que no se atrevan a preguntarle sobre este punto: Y se maravillaban de que hablaba con una mujer. Pero ninguno le dijo: ¿Qué preguntas, o que hablas con ella? Mientras los discípulos, admirados, llegaban junto a la fuente, la Samaritana, oída la declaración de Jesús: «Yo soy el Mesías», descuidada del objeto que

al pozo la había traído, abandona su ánfora y va presurosa a su ciudad a anunciar la grata nueva a sus paisanos: La mujer, pues, dejó su cántaro, y se fue a la ciudad, y dijo a los hombres: Venid, y ved a un hombre que me ha dicho todas cuantas cosas he hecho. De unos hechos que de su vida le ha descubierto, deduce que sabe todos los secretos de su corazón: no duda ya de que ha hablado con el Mesías; pero gozosa, y para que no la crean solo bajo su palabra, al invitarles a que la acompañen les insinúa que quizá se hallen con el Cristo: ¿Si quizás es este el Cristo? Ante el grave anuncio, salieron entonces de la ciudad, y vinieron a el.

Habían ya los discípulos dispuesto ante Jesús la comida. El Señor ha quedado como absorto, después de la conversación con la Samaritana, meditando las altas cosas que con ella había tratado; y al ver que no se preocupaba de la comida, le instan sus discípulos a que coma: Entretanto le rogaban sus discípulos, diciendo: Maestro, come. Pero Jesús siente la pasión de la conquista de las almas; no le molesta ya el estímulo del hambre: Jesús les dijo: Yo tengo para comer un manjar que vosotros no sabéis. Como la Samaritana no comprendió la metáfora del agua, así ahora los discípulos no entienden la del manjar; ni se atreven a preguntar.

¡O Maestro!: Decían, pues, los discípulos unos a otros: ¿Si le habrá traído alguno de comer? Jesús, que los oye; no desperdicia la ocasión de dar a los futuros apóstoles, fundamentos de su Iglesia, una lección de alto celo y de gobierno: Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que cumpla su obra; como el manjar material es apetecido del hambriento, y le deleita, y le refocila, así apetezco yo y me nutro de la voluntad del Padre, y siento hambre de llenar su obra, la predicación del reino de Dios, la redención, la salvación del mundo.

Mientras Jesús estaba pensativo, los discípulos en su conversación habrían hablado del tiempo de la siega. Jesús, dulce amador de metáforas, junta la idea de la siega material con la mística siega o cosecha de las almas. Su manjar es hacer la obra que el Padre le ha confiado; ahora se alegra ya porque la Samaria va a dar las primicias de su cosecha espiritual. De la ciudad de Sicar venia una multitud hacia el pozo de Jacob, atraída por el anuncio de la Samaritana. ¿No decís vosotros que aún hay cuatro meses hasta la siega?, dijo Jesús a sus discípulos; y señalando a los samaritanos que venían, añadió: Pues yo os digo: Alzad vuestros ojos, y mirad los campos, que están ya blancos para segarse: los samaritanos están ya dispuestos a recibir la fe. De este dato histórico, o costumbre agrícola de la Palestina, donde la siega tenía lugar a mediados de abril, se colige, como ya hemos dicho, que el episodio del pozo de Jacob tendría lugar el mes de diciembre. El blanquear los campos, algunos intérpretes lo explican de los samaritanos que se acercaban, vestidos de blancas túnicas, según su costumbre, y bien dispuestos a recibir la palabra de Dios.

Pasa Jesús de la siega a la enumeración de los beneficios que reporta. Primero, el estipendio del segador, que es el fruto personal del ejercicio del apostolado: Y el que siega, recibe jornal. Luego, los frutos de vida eterna para quienes han sido conquistados: Y allega fruto para la vida eterna: son

los hombres convertidos y salvados por la predicación. De estos dos beneficios, el estipendio y el fruto, nace el tercero, el gozo del que siembra y del que siega: Para que se gocen a una, el que siembra y el que siega: son Cristo, el divino sembrador, y los apóstoles, que en su nombre y virtud recogen los frutos de su apostolado. Y aplica aquí Jesús un refrán popular: Porque en esto el refrán es verdadero: que uno es el que siembra, y otro es el que siega; sembraron los antiguos profetas, especialmente Jesús; recogen la mies todos los que ejercen el apostolado, que aquellos prepararon. Yo, sigue Jesús, os he enviado a segar lo que vosotros no trabajasteis: otros lo trabajaron, los que precedieron a los apóstoles, y vosotros habéis entrado en su trabajo, para recoger la mies. Es una bella imagen de la perpetuidad y unidad del apostolado, en el cual nadie lo hace todo, sino que, por un encadenamiento de esfuerzos, uno recoge el fruto de sus antecesores, y echa a su vez la semilla cuyos frutos no podrá el recoger.

FRUTO ENTRE LOS SAMARITANOS (39-42). — Una prueba de que estaba ya madura la mies fue la pronta conversión de muchos samaritanos. Creían estos en la proximidad del advenimiento del Mesías; el simple testimonio de su conciudadana, que les comunica la ciencia extraordinaria de Jesús, hace que se conviertan a el, demostrando mucha mejor disposición que los judíos de Jerusalén, donde no logró Jesús sino escasos prosélitos, a pesar de los milagros allí obrados: Y creyeron en el muchos samaritanos de aquella ciudad por la palabra de la mujer, que atestiguaba, diciendo: Que me ha dicho todo cuanto he hecho.

Para instruirse mejor en la fe, y honrar a tan gran personaje, vinieron los samaritanos de Sicar al pozo de Jacob, y le pidieron con instancia que fuese su huésped: Mas como viniesen a el los samaritanos, le rogaron que se quedase allí. Accedió a ello amablemente Jesús ; aunque, sabiendo que era principalmente enviado para evangelizar a Israel (Mt. 15, 24), no dedicó a los samaritanos mas que dos días, de su predicación de mas de tres años: Y se detuvo allí dos días.

La presencia y la predicación personal de Jesús fueron eficacísimos medios de proselitismo entre aquella gente. Su fe se hizo mas llena y robusta: Y creyeron en el muchos más por la predicación de el. Y decían a la mujer: Ya no creemos por lo dicho: porque vosotros mismos lo hemos oído. Tal fue su convicción, que le tuvieron por Mesías, no solo de los judíos, sino de todo el mundo; si no hubiese sido el Salvador universal, no hubiese ido a evangelizar la ciudad: Y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo.

Lecciones morales. -- A) v. 6. —. Jesús, pues, cansado del camino... — Jesús, reposando de su fatiga, sediento, junto al pozo de Jacob, es sujeto de meditación provechosísima para todos nosotros. Se fatiga el que es la «fortaleza de Dios», para significarnos lo costoso del precio a que nos rescató, la solicitud con que nos buscó, el ansia insaciable que tuvo de la conquista espiritual del mundo. «La fortaleza de Cristo hizo que existiésemos, dice San Agustín; su debilidad y cansancio nos libró de perecer. Ello debe motivo de profunda gratitud para nosotros. Los que ejerzan apostolado del bien tienen en este paso de la vida de Jesús una

lección elocuentísima. Acosado el Señor por los judíos, y obligado a salir precipitadamente de la Judea, aprovecha un alto en su camino para salvar muchas almas y aleccionar a sus discípulos.

a) v. 9. — ¿Cómo tu, siendo judío, me pides de beber a mi...? — La separación entre judíos y samaritanos era profunda; llegaba de lo más alto de la doctrina, ya que los samaritanos no admitían más que a Moisés y hacían poco caso de los profetas, hasta las pequeñas cosas del uso diario, pues no podía beber un judío en vaso de un samaritano: de aquí la extrañeza de esta mujer. Sin embargo, Jesús prescinde de todo y va derecho a la conquista espiritual de la Samaritana. Pero si tal vez no hubiese tenido reparo alguno en beber en el vaso de una samaritana, porque, como dice el Crisóstomo, habían ya pasado todas estas minucias de la ley, con todo, en la cuestión dogmática que le plante la mujer fue irreductible, sosteniendo el criterio absoluto de la verdad. No solo esto, sino que pasó a enseñarle doctrinas más altas y nuevas para ella. Es la divina estrategia del apostolado, que aquí nos enseña Jesús. Salvos los fueros de la verdad y de la moral católicas, podemos, en nuestro trato con quienes no tienen la suerte de profesar nuestra religión —o dentro de nuestra religión con quienes se han apartado de sus practicas por ignorancia, desidia o malicia—, condescender con sus puntos de vista en el orden meramente human, ser urbanos y amables con ellos, aprovechar la coyuntura para darles el pábulo de la doctrina en formas humanísimas. Si en las cosas humanas se sigue este procedimiento entrar con la suya para salir con la nuestra, como dice el refrán, ¿cuánto más si se trata de los altos intereses de la salvación del prójimo o de no hurtarnos a los deberes de nuestro apostolado? San Pablo se hacia todo para todos, para ganarlos a todos a Cristo.

c) v. 10. — Y le daría agua viva. — Jesús tiene un agua viva que darnos. Se la ofrece a la Samaritana: nos la ofrece a cada momento a nosotros, a todo el mundo. Es el agua de la gracia: agua viva, porque brota de la vivísima fuente del divino Espíritu, porque vivifica el alma, porque nos hace producir obras vivas, porque nos hace vivir en Dios, porque nos conducirá hasta el mismo seno del Dios vivo para vivir eternamente la vida misma de Dios. Debemos tener, en nuestro pecho, viviendo siempre en gracia de Dios, esta fuente perenne de agua viva y vivificadora: Y debemos sentir siempre sed de nuevos aumentos de gracia, que nos quitaran la sed de las cosas de la tierra.

d) v. 11.- ¿De donde, pues, tienes el agua viva? — Tiene Jesús agua viva porque es el Verbo vivo de Dios vivo, a quien llama San Agustín *vita vitarum*, vida de las vidas. En él esta la vida, y sin el nada tiene vida. En el orden natural toda vida vive por el Verbo de Dios, que es la persona de Jesús, Dios y Hombre verdadero, en quien mora la plenitud de la divinidad, sirviéndonos su Humanidad santísima para comunicarnos la vida divina que esta en él. Por esto es inagotable la vida divina que nos viene de Jesús, porque es vida de Dios; y por esto salta hasta la vida eterna, porque viene de la vida eterna, escondida en el seno del Padre.

e) v. 24. — Dios es espíritu: y es menester que aquellos que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad. — Estas palabras de Jesús son la

condenación de la manera de practicar la religión y el culto que tienen muchos cristianos. No son pocos los que creen han llenado sus deberes religiosos oyendo misa los días festivos, confesando una vez al año, absteniéndose de dañar al prójimo y viviendo en lo demás como pudiese hacerlo un pagano. Otros, personas piadosas, se cargan de prácticas materiales de devoción, creyendo que la multitud de plegarias y ejercicios de piedad arguye intensidad de vida religiosa. ¡Cuán lejos están, unos y otros, de la religión del espíritu y verdad que es la religión cristiana! La religión verdadera supone una vida informada toda del sentir de Cristo, como quiere el Apóstol; el cumplimiento de todas nuestras obligaciones para con Dios, el prójimo y nosotros mismos; una manera de vivir que nos hace trasuntos de Cristo, «otros Cristos»; que nos hace difundir a nuestro rededor «el buen olor de Cristo», por la adaptación de todos nuestros actos a lo que el Apóstol llama el «sentido de Cristo». Cuanto al culto, no basta la práctica externa del mismo: el debe ser la expresión de toda nuestra vida, que no es solo fisiológica, sino espiritual y sobrenatural. Para ello importa penetrarnos bien del sentido de las plegarias y ritos de la Santa Iglesia en su Liturgia sagrada.

f) v. 34. — Mi comida es que haga la voluntad del que me envía... — El manjar de nuestro espíritu, especialmente de los varones apostólicos, debe ser hacer la voluntad del Padre, como lo era para Jesús. Ello data orientación y fuerza a nuestra vida. Nada hay que robustezca más el espíritu que la convicción de que hacemos la voluntad de Dios. Ello dará eficacia a nuestros trabajos, porque nos ocuparemos en lo que Dios quiere de nosotros. Ello nos hará soportar con gozo toda contrariedad, porque, si estamos con Dios, nada importa que todo el mundo vaya con nosotros, según el Apóstol

g) v. 36. — Y el que siega, recibe jornal. — Con estas palabras, dice el Crisóstomo, establece Jesús una distinción entre lo temporal y lo eterno. En el trabajo de la tierra quien siega es el que recibe el jornal, y no participan de él los que sembraron: no hay solidaridad entre el sembrador y el segador. En cambio, si la hay en los trabajos de la siembra y siega del apostolado. Porque se trabaja aquí para recibir los frutos de la eternidad, recibiendo paga de la misma naturaleza el que sembró que el que segó. De la misma naturaleza, no en la misma cuantía: porque puede darse el caso de un sembrador que no hizo en la tierra más que roturar campos durísimos, sin premio visible de sus trabajos, y este recibirá copioso premio; y el otro caso de un segador que no haya hecho más que recoger, tal vez en la indiferencia, el fruto de los sudores de otro; y este recibirá exigua paga. Sembradores y segadores, vean o no el fruto de su trabajo, gocense o no en la cosecha, sufran o no en el bregar de la labor apostólica, recibirán el premio igual, la vida eterna, pero no en igualdad, sino en proporción: Cada uno según su trabajo (1 Cor. 3, 8): cantidad de trabajo y manera de trabajar.

(Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, *El Evangelio Explicado*, Vol. I, Ed. Acervo, 6ª ed., Barcelona, 1966, p. 405-415)